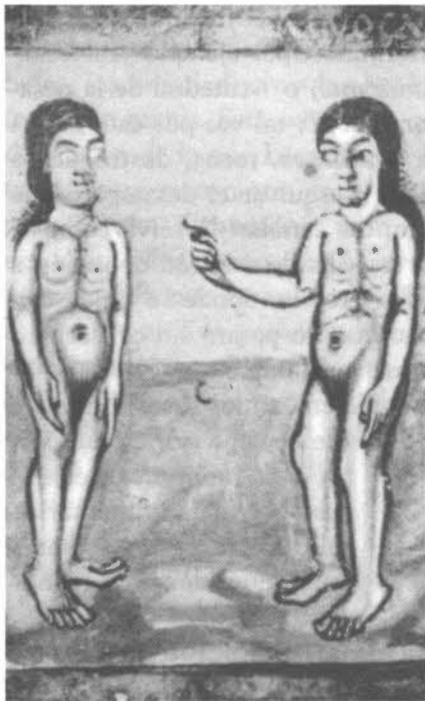


Prof. MARIO BERNARDO FIGUEROA M.
 Psicólogo-Psicoanalista
 Universidad Nacional de Colombia - Bogotá

LA VORÁGINE DE NUESTRO MALESTAR UNA LECTURA CRUZADA DE ÁLVARO MUTIS Y JOSÉ EUSTASIO RIVERA



BIBLIA DE MOUTIER-GRANDVAL. FRANCIA (S. IX)

Es un hecho común, al reflexionar sobre nuestra pesada realidad colombiana, evocar aquellas primeras líneas de *La vorágine*, de José Eustasio Rivera, en las que su personaje nos dice que antes de haberse apasionado por alguna mujer, jugó su corazón al azar y se lo ganó la Violencia¹. La cita se ha invocado en múltiples artículos, ensayos y prólogos, y al verme sometido a esta frecuente reminiscencia, me sorprendió encontrar, en una rápida lectura de algunas de las novelas de Álvaro Mutis, y del trabajo que sobre este escritor realizó Belén del Rocío Moreno², algunas resonancias que me permitían asociar otros elementos a la cita de Cova, y darle un espacio distinto a esto que hasta aquí sólo era recurrencia. La repetición tomaba entonces otra dimensión, algo se agregaba a ella que me permitía significarla de otra forma. Empecé entonces una lectura detenida de la obra de Rivera y de las novelas de Mutis, confirmando la presencia de algunos elementos comunes, a pesar de la diferencia que en muchos aspectos puedan tener, y de los más de cincuenta años que las separan.

Se trata de realizar una lectura cruzada de estas novelas, apostando a que aquello que en ellas se repite con insistencia, nos dice algo sobre el destino de los colombianos; a que la forma como nos escribimos, aporta elementos de mucha valía a la

1 Rivera, José Eustasio. *La vorágine*, Santafé de Bogotá, Editorial La Oveja Negra, 1984, p. 7. En adelante se citará *LV*.

2 Moreno, Belén del Rocío, *Las cifras del azar*, Santafé de Bogotá, Planeta Colombiana Editorial, 1988.

hora de intentar una respuesta a esta pregunta.

LA SELVA NO ES LA CULPABLE.

Según Carlos Fuentes «todos aquellos textos de principios de siglo eran sólo variaciones del tema «los devoró la selva» y otro autor anotaba que «el paisaje es un devorador de escritores latinoamericanos»³. Pero creo que el paisaje opera en *La vorágine* como cuadro sobre el que se puede pintar la mancha de la verdadera vorágine, la de Arturo Cova como yo dominante en la obra y la de nuestra historia. De ahí la antropomorfización de la selva.

Si bien allí como en Mutis la selva enloquece a los hombres, no es la locura de la selva la que se nos contagia al atravesarla; es nuestra propia locura la que mancha el cuadro de la selva. Ella, nuestra locura, es la anamorfosis que se inscribe en la pantalla de la indómita naturaleza. Ésta toma la dimensión de espejo y nos refleja nuestro propio horror. Esa función de pantalla especular, pinta la selva con la apariencia de lo que «trastorna al hombre desarrollándole los instintos más inhumanos: la crueldad invade las almas como intrincado espinoso y la codicia quema como fiebre. El ansia de riquezas convalece al cuerpo ya desfallecido y el olor del caucho produce la locura de los millones»⁴, pero en realidad se trata de una reacción, de la forma como la selva le permite al hombre ser mirado por su propio horror, su explotación, que no es la de los tesoros selváticos, sino la del hombre por el hombre; por eso el viejo Clemente Silva afirma allí mismo: «la selva se defiende de sus verdugos y al fin el hombre resulta vencido»⁵.

Esto explica esa antropomorfización de la manigua que tanto inquietó a los críticos de Rivera, cuando ya el mismo Cova había descubierto «el misterio»: «cualquiera de estos árboles se amansaría tornándose amistoso y hasta risueño en un parque, en un camino, en una llanura, donde nadie lo sangrara ni lo persiguie-

ra; mas aquí todos son perversos, o agresivos, o hipnotizantes»⁶. Así, no es la selva la que se los traga, es nuestra propia vorágine, a la que la selva, en estos textos, sirve como telón de fondo.

Por otro lado, habría que subrayar la tesis de Williams: que no todo es tragado... la escritura se salva⁷. El diario de Arturo Cova, como el del Gaviero, al final llegan a manos del editor. Más allá de la selva y de la vorágine, la escritura pervive, constituyéndose en un elemento fundamental de la obra. ¿Es ésta una pista para entender la función edificante que puede tener la escritura en nuestra historia?⁸

Que la selva no es la vorágine, lo sabe el mayor del ejército que asistió silenciosamente al Gaviero, mientras aquel atravesó la *fiebre del pozo*: «la selva no tiene nada misterioso, como suele creerse. Ese es su peligro más grande. Es, ni más ni menos, esto que usted ha visto. Esto que ve. Simple, rotunda, uniforme, maligna»⁹.

Es cierto que en las dos obras la selva tiene dimensiones proféticas. Para ambos está plagada de signos de un destino que los protagonistas son expertos en leer, los dos la describen incluso utilizando a veces los mismos términos, por ejemplo «catedral» (en *La Nieve del Almirante*) o «catedral de la pesadumbre» (en *La vorágine*)¹⁰; tal vez por esto en las dos novelas surgen oraciones, rezos, destinados a implorar la protección, a esquivar el desamparo que causa, a aplacarla. Juntos señalan la selva como el punto de encuentro, la orilla de acá, (en oposición a la «otra orilla» del Gaviero) en donde se topan con los indígenas, hallazgo que no pasará sin consecuencias, como veremos más adelante.

De igual forma cumple en los dos casos funciones de cementerio: en *La Nieve del Almirante* es éste el uso que le da un militar de alto rango para ejecutar a sus detenidos con economía de procesos y trámites, arrojándolos desde un avión. Le explica a Maqroll que al caer los cuerpos en la blanda selva ellos mismos hollan su sepultura, ¡otra economía!¹¹ Cova se refiere a ella como «cementerio enorme donde te

3 Caballero Calderón, E, *El buen salvaje*, citado por Raymond Williams, *Novela y poder en Colombia*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1991.

4 Rivera, J. E., *LV*, op. cit., p. 148.

5 Ibid., p. 148.

6 Ibid., p. 194.

7 Williams, Raymond, *Novela y poder en Colombia*, Bogotá, Tercer mundo Editores, 1991.

8 Tal vez sea necesario diferenciar aquí la función del escritor y su obra en la cultura, de la función de «la letra» en estas novelas. Mantengo aún la pregunta de si es el diario una manifestación más de la subyugación del sujeto a ésta, o una forma de (en tanto texto tejido, en tanto circulación significativa) ofrecer una salida a su imperio.

9 Mutis, Álvaro. *La Nieve del Almirante*, Santafé de Bogotá, Grupo Editorial Norma, 1994, p. 49. En adelante se citará *NA*.

10 Rivera, J.E., *LV*, op. cit., p. 103.

11 Mutis, A, *NA*, op. cit., p. 46.

podres y resucitas! »¹².

Demasiado se ha insistido en la significación de madre que tiene la selva en *La vorágine*. Esta representación puede leerse también en Mutis, aunque su presencia en el conjunto de su obra sea menor que el que ocupa en la de Rivera.

En uno y otro lado se subraya el carácter hostil de la selva. El Gaviero afirma: «Este no es lugar para mí. De todos los sitios que me han acogido en este mundo y que son tantos y tan variados [...] este, sin duda, es el único en donde todo me es hostil, ajeno, cargado de un peligro con el cual no sé como negociar»¹³. También para él la salvaje floresta tiene ese rasgo devorador: «Pero allá al fondo, se va perfilando de nuevo la oscura muralla vegetal que nos ha de tragar dentro de unas horas»¹⁴. Y está también ese carácter de muralla o de «cárcel verde»¹⁵, como la llama Cova. Este atributo tragante es equivalente al de la cueva en *Amirbar*, donde otra vez el Gaviero padece una fiebre, no ya la del pozo, sino el «mal de mina», que le hace perder consistencia a lo simbólico. Ese mal se comienza a sufrir luego del encuentro *tíquico*¹⁶ con elementos del orden de lo real: el brillo, la voz, la mirada, que en *La vorágine* se manifiestan en los árboles, las enredaderas y los bejucos, que los miran, les hacen gestos. Estas vivencias que parecen tener la dimensión de lo que Lacan llama fenómenos elementales¹⁷, surgen instantes antes del delirio que posee a nuestros dos personajes en sus respectivas aventuras. Ante ellos, como dice Maqroll en *Amirbar*: «La vida cambia por completo, es decir, las claves que hemos establecido para conducirla se mudan instantáneamente y nos abandonan, para hacer frente al destino en otro lugar [...] Poco a poco me di cuenta que sólo vivía ya dentro de la mina, entre sus paredes que gotean una humedad de ultramundo y donde el brillo engañoso de la más *desechable* fracción de mica me dejaba en pleno delirio [...]»¹⁸. Es, como muy bien lo indica esta cita, la pérdida de las claves, del orden simbólico, ante el surgi-

miento del brillo del desecho.

Ese mal de mina también tiene la facultad tragadora de una vorágine, por eso su protectora de ocasión le dice al Gaviero: «¡Ay, mijo!, ya lo agarró el mal de la mina. A ver cómo sale de eso por que se lo va a llevar la trampa [...] se lo traga la tierra»¹⁹. Y algunos renglones más adelante, luego de confirmar que estaba bajo la inminente pérdida de lo simbólico, que anunciaba, dice, «derrumbar mi integridad y la frágil red de mis razones para vivir»²⁰, Maqroll denomina explícitamente este fenómeno como «la vorágine que me amenazaba»²¹. Es una de las formas de la vorágine en el contexto creado por Mutis, en el que es claro que ésta no se circunscribe únicamente a la selva.

Ordenando la secuencia podemos proponer varios movimientos: en el primero estos aventureros inician una travesía en pos de un fantasma (el de ellos, sí, pero también el de parte de nuestra historia), luego en ella son sorprendidos por la búsqueda del tesoro: el oro en *Amirbar*, la madera en *La Nieve del Almirante*, las prostitutas y su producto en *Ilona llega con la lluvia*, el caucho en *La vorágine*, la riqueza fácil siempre. Aquí, en este segundo movimiento, son presa de la posesión, con sus múltiples manifestaciones: la búsqueda obsesiva, el mismo pensamiento acuciante, la sed de venganza en Arturo Cova, etc. Pero saben que no es ese tesoro el que los mueve, que éste tiene otra substancia.

Dejemos que el Gaviero lo explique: «No es fácil definir esa especie de posesión que nos trabaja profundamente y que no tiene que ver con el deseo concreto de hallar riquezas descomunales. No es éste el motivo principal que la anima, es algo más hondo y más confuso. Tiene que ver con el oro, sí, pero como algo que arrancamos a la tierra, algo que ésta guarda celosamente y sólo nos entrega tras una penosa lucha en la que *arriesgamos dejar el pellejo [...]* nace de estratos más profundos de nuestro ser, de secretas fuentes ancestrales que deben remontarse a la época de las cavernas y al

12 Rivera, J.E., *LV*, op. cit., p. 104.

13 Mutis, A., *NA*, op. cit., p. 47.

14 *Ibid.*, p. 21.

15 Rivera, J.E., *LV*, op. cit., p. 103.

16 Lacan utiliza la palabra "tíquico" como adjetivo de *tyche*, término "tomado del vocabulario de Aristóteles en su investigación de la causa. La hemos traducido por *el encuentro con lo real*". Este encuentro tiene incidencia de desubicación sobre el sujeto, de ruptura de un pretendido equilibrio que le genera una esquizia "[...] algo que llega siempre en mal momento". Lacan, Jacques, *El seminario, libro II, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Ediciones Paidós, 1986. pp. 62 y 77.

17 Lacan, J., *El seminario, libro 3, Las psicosis*, Barcelona, Paidós, 1981.

18 Mutis, A., *Amirbar*, Santafé de Bogotá, Editorial Norma, 1995, p. 76. La cursiva es mía. En adelante se citará *AMB*.

19 *Ibid.*, p.76.

20 *Ibid.*, p.76.

21 *Ibid.*, p.76.

descubrimiento del fuego»²². En esta posesión, entonces, se deja el pellejo a cambio del tesoro, se instala así la equivalencia tesoro = pellejo, o tesoro = parte del cuerpo. Ésta es absolutamente clara en *La vorágine*, donde la fórmula fundamental es caucho = sangre: «mientras el cauchero sangra los árboles, las sanguijuelas lo sangran a él»²³. La siringa y la sangre manan al tiempo de las heridas del árbol y de las de los caucheros, producto de los azotes de los capataces o de las peleas a mordisco y machete entre dos hombres que disputan la emanación de un mismo árbol. Clemente Silva describe cómo los dos líquidos se mezclan para luego conformar el producto final. Aunque la ecuación sangre = caucho es la más importante, hay otras que siempre implican partes del cuerpo²⁴. Un exceso de cuerpos fragmentados, mutilados, párpados cosidos, ojos a los que se les vierte cera candente, cepos camuflados como instrumentos de la elaboración cauchera. En todos estos se trata de la producción expoliando al cuerpo del otro en una explotación a la que apunta la búsqueda del tesoro. Está también la compraventa de hombres, casi siempre de indios; no sólo en las caucherías de *La vorágine*, también en *La Nieve del Almirante* es ésta una de las actividades a que se dedica el esclavo que acompaña a Maqroll en parte del viaje. Así, las mercancías o los objetos valiosos no son el verdadero tesoro, y nuestros dos héroes lo saben. Hay otro objeto en juego.

En un tercer movimiento, esos elementos con la consistencia de lo real (el brillo, la mirada, la voz), como ya veíamos, desencadenan la presentificación de los fantasmas, que aparecen en medio del delirio, de los sueños, o de las fiebres, de significativa presencia en las dos obras. Es el momento en que se enfrentan con lo que Maqroll llama «mis viejos demonios, los fantasmas ya rancios que, con diversos ropajes, con distinto lenguaje, con una nueva malicia escénica suelen presentarse para recordarme las constantes que tejen mi destino»²⁵.

El cuarto movimiento de este orden que no necesariamente es cronológico en estas novelas, implica una confirmación de la desilusión, de la pérdida del sentido que inicialmente los héroes le habían asignado a la aventura. Surge la convicción

de lo banal de sus esfuerzos, el reconocimiento del hastío y el tedio que estaba en el origen, la sensación de los naipes derrumbándose, a pesar de todo lo cual el viaje continúa, no se detienen; en ambos se mantiene la ruta como parte de un funesto destino que es irrecusable, con la misma fuerza del hastío o el tedio, que en este momento reconocen claramente. Se inscribe aquí la desesperanza en Mutis, pero, si bien con menos reflexión, Cova no es alguien que se muestre esperanzado por mucho tiempo.

Quedan convocados ante el vacío, ante una rotunda aridez, una vez comprueban que su empresa no tenía, ni en mínima medida, las proporciones con las que la habían dotado, y que se trataba de una repetición, de un ya sabido desde siempre, pero inevitable. Mutis hace avanzar mucho a su personaje en estas meditaciones, también presentes en el de Rivera; en este sentido podríamos afirmar que en muchos pasajes el Gaviero parece comentar las enseñanzas, las cavilaciones que extrae de Cova, lo que le permite tener una cierta distancia del conflicto perpetuo en que vive este último.

No hay una sola relación de Cova que no esté marcada por la contradicción. Ningún encuentro unívoco. Esto es muy claro con Alicia, a quien persigue huyéndole (posición similar a la de Maqroll con Flor Estévez, a la del Capitán del lanchón con la china, o a la de Jon Iturri y Warda Bashur), pero también con sus entrañables amigos, a pesar de que él, como Maqroll, exalta al máximo la virtud de la amistad, aún con ellos se trenza por momentos en serias peleas: con Fidel Franco cuando mueren tragados por el raudal los dos indígenas que los acompañaban, o con el viejo Clemente Silva, su salvador, e imagen del padre. Luego de someterlo por la fuerza y tenderlo de bruces con rudeza bestial, al escuchar los ruegos del viejo y, «percibiendo la semejanza que la ancianidad venerable da a los hombres, me acordé de mi anciano padre, y, con el alma angustiada, abracé al cautivo para levantarlo del suelo en que yacía»²⁶. Algunos días después, nuevamente lo amenazará de muerte al creer que este guía los estaba perdiendo voluntariamente en la selva²⁷. Pero no sólo con los seres queridos experimenta esa contradicción, lo mismo le sucede con algunos de los personajes más

22 Ibid., p. 75. La cursiva es mía.

23 Rivera, J.E., *LV*, op. cit., p. 148.

24 «¿Ambicionaba mi oro o mi juventud?» se pregunta Cova sobre la madona Ayram. Ibid., p. 223.

25 Mutis, A., *NA*, op. cit., p. 57.

26 Rivera, J.E., *LV*, op. cit., p. 145.

27 Ibid., p. 198.

perversos. Entonces en su lucha contra ellos termina identificándose y reconociendo en él mismo los repetidos componentes de la maldad del otro. En esto el Gaviero se diferencia de Cova. Si bien no se cree bueno, y con demasiada frecuencia termina juntándose con malhechores e identificándose un tanto con ellos, no es proclive a esa forma de manifestación del conflicto, a esos cambios repentinos, a los súbitos ataques de "locura".

LA TRAVESÍA

Pero observémos con más detenimiento la travesía que estos personajes emprenden: habíamos dicho ya que el ingreso a la selva, en Rivera como en Mutis, marcará al tiempo el encuentro con los indígenas. Es allí también donde aparece ubicada la familia. No hay en *La vorágine* otra familia que la de los indígenas que los hospeda algunos días, las demás referencias son a la familia que Arturo Cova fantasea cuando en medio de su hastío de Alicia y de sus desencuentros con ella, se imagina retornando con fama y dinero, residenciado en Bogotá, con esposa e hijo, logrando el reconocimiento como poeta y el perdón de sus padres y de la sociedad. Al final del libro, cuando nace su hijo... se los traga la selva, la familia queda trunca.

En Maqroll, el encuentro también es con una familia de indígenas que los aborda comenzando el viaje por el Xurandó: la descripción que de ellos hace Maqroll nos permite notar que los ubica en el orden de la naturaleza: «se quedaron mirando la hoguera con indiferencia de reptiles»²⁸. Luego se remite a la familia noble del libro cuya lectura lo acompañará en este recorrido. Se trata también esta vez de un libro de historia, y hace alusión en este pasaje a los troncos de estas familias de nobles franceses. Se plantea así la oposición entre la familia indígena y la de su aparente investigación: la del crimen en el seno de algunos linajes reales franceses.

LO INSOPORTABLE, EL ENCUENTRO

En la noche, Maqroll

es sorprendido mientras duerme por una relación sexual con la indígena que se ha acercado a su chinchorro y lo ha abordado con lo que él no se atreve a llamar caricia. Todo aquí es del orden de lo asqueroso: «olor a limo en descomposición, a serpiente en celo, una fetidez creciente, dulzona, insoportable.». Como se ve, no ahorra adjetivos para describir lo insoportable de esta experiencia: «mirándome con malicia que tenía algo de carnívoro [y de] inocencia nauseabunda [...] En nada recordaba el tacto de las formas femeninas»²⁹. No le parece estar acostado con una mujer. En su idealización de lo femenino, ésta no aparece por ninguna parte en la indígena, marcada para él con rasgos más de animal que de humano.

El indígena, a su turno, se acuesta con un eslavo, que es otro de los pasajeros. El sexo en los indígenas es descrito aquí como primitivo: el indio homosexualizado «emite chillidos de ave en peligro»; y la mujer, vegetalizada: «dejaba hacer con una enorme placidez vegetal». Lo que se le presentifica aquí, en este punto tan importante de advenimiento de *lo insoportable*, no puede ser representado sino con el orden del desecho: el barro, el limo, la capa hedionda de pantano que le ha quedado adherida y que intenta quitarse con un apresurado baño o vomitando para aliviarse. Así, el encuentro toma la dimensión de encuentro con La Cosa.

Es una escena primaria de mestizaje, no sólo con Maqroll (que no olvidemos, es aquí, como en todas partes, un extranjero; aunque no lo parezca), también con el eslavo. En ella, los indígenas son degradados. Su familia entra en este comercio sin nada a cambio, como lo señala el autor; es como si el juego simbólico de la cultura no operara en este encuentro. Tiene, en consecuencia, las características de otra explotación³⁰.

El capitán los separó después de algunas noches, porque el resto de la tripulación podía seguir su ejemplo y esto traería «complicaciones». Son las complicaciones del mestizaje, podemos agregar, las complicaciones de nuestro origen. Y aquí entonces acude la selva, una vez más, como telón de fondo que les permite intentar ubicar este horror; el capitán lo explica: son los poderes de la selva sobre los extran-

28 Mutis, A, *NA*, op. cit., p. 18.

29 *Ibid.*, p. 20.

30 Fue la explotación la que dio origen al mestizaje. En efecto, «la ubicación de la población nativa dentro de los límites de la ciudad y su sujeción laboral a los primeros pobladores peninsulares daría comienzo al proceso de mestizaje a través de la explotación sexual de las mujeres indígenas.» Dueñas, Guiomar, *Los hijos del pecado. Ilegitimidad y vida familiar en la Santafé de Bogotá colonial*, Santafé de Bogotá, Editorial Universidad Nacional, 1997. p. 37.

jeros. Pero ese poder surge del encuentro con el sexo primitivo, primordial, el que también se puede apreciar en la descripción que nos da el Gaviero de sus cuerpos: «ella muestra su sexo que brota como una fruta recién abierta y él el suyo con el largo prepucio que termina en punta. Se diría un cuerno o una espuela, algo ajeno por entero a toda idea sexual, y sin el menor significado erótico». Es decir, sin circuncisión, sin la marca de la cultura, sin castración.

La aparente ausencia de significado sexual o de erotismo, propone una especie de inocencia originaria, pero ésta resulta asquerosa para los «civilizados»: «inocencia nauseabunda [...]», ha dicho Maqroll. Una página adelante por el Xurandó, el autor hace alusión a la selva, que «se va perfilando como una oscura muralla vegetal que nos ha de tragar dentro de unas horas».³¹ Pero notemos que en realidad ya se lo ha tragado. El: «se los tragó la selva», última frase de *La vorágine*, aquí ha ocurrido al inicio.

Para Arturo Cova, el encuentro con los indígenas no carece de estos elementos, si bien él, muy atento, no se deja sorprender por la indígena. Cuando ella se acerca, él se aleja refugiándose en la castidad; una vez le ha levantado la punta de su mosquitero, veamos cómo responde él: «cerrando los ojos, rechacé la provocación amorosa, con profundo deseo de libertarme de la lascivia y pedirle a la castidad su refugio tranquilo y vigorizante».³²

Tampoco Arturo Cova pudo dotar a las indígenas con los atributos ideales del erotismo: «mas sería candidez pensar que con requiebros y sonrisitas aceptaran nuestro agasajo. Era preciso atisbarlas como a gacelas y correr en los bosques hasta rendirlas,

pues la superioridad del macho debe imponerse por la fuerza, en cambio de sumisión y ternura. Yo me sentía incapaz de toda ilusión»³³.

LAS COMPLICACIONES DEL ORIGEN, EL MESTIZAJE

Si Cova logra escabullirse de la relación sexual con las indígenas, no puede escapar del mestizaje. En parte porque él mismo se ubica allí, como miembro de estos pueblos, en tanto «razas vencidas»³⁴; en parte, porque toda la novela es recorrida por el viaje que emprende con Alicia para ocultar, hasta en la manigua, la vacilación de su deseo por ella y su concubinato, su amancebamiento, términos con los que no duda en calificar su relación. Es una unión manchada con el signo de la ilegitimidad. Pero no sólo la de ellos, también la de Griselda y Fidel Franco, la de Zoraida Ayram con Luciano Silva, la de la hija del viejo Clemente Silva y su prometido. Todas las parejas que aparecen o se mencionan en la obra son ilegítimas³⁵.

En su libro *Los hijos del pecado, ilegitimidad y vida familiar en la Santafé de Bogotá*³⁶, Guiomar Dueñas confirma la sospecha que secretamente albergamos todos los colombianos: somos ilegítimos y mestizos. «En ningún otro lugar de Hispanoamérica el mestizaje fue tan rápido y tan complejo como en la Nueva Granada», lo que nos hace una sociedad eminentemente mestiza, que emprendió desde muy temprano, al lado de la pérdida de buena parte de las lenguas nativas, un proceso vertiginoso de *blaqueamiento* que llegaba a utilizar mecanismos muy sofisticados, la mayoría al margen de la

31 Ibid., p. 21.

32 Rivera, J.E., LV, op. cit., p. 120.

33 Ibid., p. 116. Esos elementos también son constitutivos del encuentro entre el héroe blanco y la mestiza en *Toá, narración de caucherías*, novela de Cesar Uribe Piedrahíta, contemporánea de *La vorágine*. Allí el protagonista, en medio de su abstinencia selvática, ha soñado e idealizado hasta el infinito a una mestiza, más indígena que blanca, a quien en su delirio ha llamado Toá, a pesar de que nunca la ha visto. Ella puebla con su imaginaria belleza los fantasmas de sus fiebres delirantes. Es además una mercancía apetecida por todos los caucheros de la región que están tras su huella. El encuentro al final, tras largas penurias, se va a concretar, y esto es lo que sucede cuando entra al lugar en que supone a su amada ideal: «En el recinto de la amplia cocina vio Antonio una vieja sentada en un tronco, mascando yuca y escupiendo en una vasija de madera. La anciana desdentada miró a los recién llegados y masculló algunas palabras incomprensibles. Ante el espectáculo de la vieja escupiendo y rezongando, los blancos quedaron en suspenso. Vio derrumbarse el magnífico castillo que su imaginación había forjado [...] aquella vieja arrugada y sucia, ¿podía ser la hermana de Diomedes? ¿era esa Nina? ¿la mujer que él bautizó con el nombre del fuego y de la llama? - Esta bruja no puede ser Nina Cuéllar, decía Tomás». Unos instantes después el protagonista logra sobreponerse al ver salir por una puerta a una mujer muy similar a la Toá de sus ilusiones, pero la confusión y el impacto que le produjo el encuentro con la anciana indígena son índices de que acababa de ser mirado por la otra cara de su soñada heroína. Uribe P., Cesar, *Toá, narración de caucherías*, Bogotá, Editorial Reflexión, p. 108.

34 Rivera, J.E., LV, op. cit., p. 119.

35 Conviene recordar que además Griselda y Franco huyen de un crimen, cuando al quererla abordar por la fuerza, ella dio muerte a un militar, crimen que asume Franco y que se convertirá en lazo de su unión.

36 Dueñas, Guiomar, *Los hijos del pecado. Ilegitimidad y vida familiar en la Santafé de Bogotá colonial*, Santafé de Bogotá, Editorial Universidad Nacional, 1997.

legitimidad institucional³⁷. Si todos los países de América Latina comparten este cruzado origen, en ninguno como en el nuestro fue tan englobante, a lo que debe sumarse el hecho de que los tesoros en nuestro país estaban repartidos con una lógica que va de la más rotunda ilusión, El Dorado, al más marcado ocultamiento: ¡éste fue siempre inalcanzable! Por eso la Santafé de la colonia era absolutamente pobre comparada con la apoteosis de Ciudad de México, Lima, Potosí u otras ciudades de América. Las riquezas, tanto de españoles como de criollos de lo que es hoy Colombia, eran ínfimas comparadas con las de sus homólogos. La gran mayoría de los hogares de Santafé, como lo revela la investigación de Guiomar Dueñas, estaban desprovistos del supuesto jefe del hogar, en esta imaginaria sociedad patriarcal. ¿Dónde estaban los hombres? ¿Acaso buscando el tesoro en nuestros campos y selvas?

«El blanco», llamaba la mulata Sebastiana a Arturo Cova, pero él no hace sino confirmarse a sí mismo que es un blanco *blanqueado*, en donde incluso sus ínfimas de poeta pretendían darle las cédulas que por origen le faltaban³⁸. Cuando se asume como cauchero, en una acalorada disertación comenta: «¿quién estableció el desequilibrio entre la realidad y el alma incolmable? ¿para qué nos dieron alas en el vacío? ¡nuestra madrastra fue la pobreza, nuestro tirano la aspiración! Por mirar la altura tropezábamos con la tierra; por atender al vientre misérrimo fracasamos en el espíritu. La medianía nos brindó su angustia. ¡Sólo fuimos héroes de lo mediocre!

¡El que logró entrever la vida feliz no ha tenido con que comprarla; el que buscó la novia, halló el desdén; el que soñó en la esposa, encontró la querida [...]!»³⁹.

En esta cita Arturo Cova nos señala sus reproches hacia esa condición de mestizos, de ilegítimos, de estar entre dos orillas; pero también resulta reveladora la siguiente conversación que sostiene con la mulata Sebastiana:

«-Mulata -le dije- ¿cuál es tu tierra?

-Ésta onde me hayo.

-¿Eres colombiana de nacimiento?

-yo soy únicamente llanera, [...] ¡Yo soy de todas estas yanuras! ¡Pa qué más patria, si son tan beyas y dilataas! Bien dice el dicho: ¡Onde ta tu Dios? ¡Onde te salga el sol!

-¿Y quién es tu padre? -Le pregunté a Antonio.

- Mi mamá sabrá

- ¡Hijo, lo importante es que hayas nacido!»⁴⁰

Legitimidad, padre, patria y Dios. Arturo Cova intenta ubicar estos elementos, construir nación de esa manera, pero se estrella contra la realidad. No en vano el tema de las fronteras nacionales está muy presente en la obra, su violación constante, la ausencia de ley o su carácter venal. Pero lo que Bastiana le responde señala ese arraigo único y suficiente a la tierra, sea la patria que sea. No se deja encasillar, como él lo intenta, en el orden de “el nacional” y “el extranjero”, mientras que Cova, pretendiéndose colombiano, queriendo hacer patria, buscando padre, resulta ser completamente foráneo, tanto como un poeta en la manigua. Por eso más tarde renegará de esa parte de él mismo: «los poetas sólo conocen de soledades domesticadas»⁴¹.

Y es que, como lo señala Guiomar Dueñas, «los mestizos no tienen un espacio, son el grupo racial más dinámico, que va a acabar con todos los demás, que va a acabar con todos los otros grupos y que va, por un lado, a generar una psicología que está en aras de construirse. Es decir: ¿quién es el mestizo? El mestizo es el avivato, que no tiene leyes, que no tiene cómo participar, pero que participa, que no puede casarse pero que produce mestizos todos los días, que no puede *blanquearse* porque está prohibido, pero que se *blanquea* constantemente, que está al margen

de la ley pero que le saca ventajas, que trampea, que contrabandea»⁴².

Los anteriores son los otros temas de *La voráGINE*: las trampas de los pocos representantes del Estado, con un desfile que va desde el inspector de policía, pasando por el juez, hasta el cónsul y el ministro a quienes se apela en la primera como en la últi-

37 «Nuestra argumentación sobre este punto es que el proceso de “blanqueamiento”, al efectuarse por vías reprobadas por la normatividad eclesiástica y civil, marginó a esta población de los beneficios civiles y económicos del estado colonial. El matrimonio eclesiástico, dominante sólo entre la minoría blanca, reforzó su carácter de exclusividad y de instrumento de discriminación racial.» Ibid., p. 19.

38 Conviene aquí recordar algo que ha sido señalado varias veces: durante muchos períodos, el oficio de poeta, gramático o lingüista, fueron marcas sin las cuales parecía difícil ocupar la presidencia de La República.

39 Rivera, J.E., *ZV*, op. cit., p. 187.

40 Ibid., p. 48.

41 Ibid., p. 195.

42 Dueñas, Guiomar, “El mestizaje en la formación del Estado nacional”, Conferencia en la Asociación de Psicoanálisis y Psicoterapias, 1997, Documento interno. p. 10.

ma hoja del libro. Es un llamado a la ley, pero a sabiendas de su inoperancia. Todo el circuito del tesoro está inscrito dentro de esos referentes del *blanqueamiento*, el contrabando, la trampa, el asesinato, las masacres, las desapariciones.

Tampoco faltan en las novelas de Mutis. El mismo Gaviero se dedica de tanto en tanto a pasar cargamentos no muy santos, a evadir aduanas, a servir de carguero a traficantes de armas que alimentan, lucrándose sólo ellos, los conflictos de otros pueblos. Dos de sus compañeros de viaje por el Xurandó son traficantes de indios, de armas y de información, cumplen labores de paramilitarismo.

MESTIZO, EXTRANJERO EN SU TIERRA

Si desde el origen los mestizos no tenemos un espacio ni en el Estado ni en la normatividad civil o eclesiástica (razón por la cual, como lo comprueba en carne propia el Gaviero en *Amirbar*, el ejército siempre se ensaña con el extranjero, le parece muy sospechoso y lo incomoda), a falta de ese espacio, el límite entre el nacional y el extranjero no se logra. Arturo sueña con Europa. Su viaje, escapando a la persecución por el delito de concubinato, lo emprende con la ilusión de salir por el Orinoco y viajar con Alicia a Europa, pero tendrá que conformarse con tramar hablarle en francés al Cayeno, para embaucarlo. ¡Triste destino para su arribismo! Cuando ya no puede más, lo tiene que admitir en el seno selvático al confirmar que «¡Nada de ruiseñores enamorados, nada de jardín versallesco, nada de panoramas sentimentales! [en cambio, lo que encuentra es, como Maqroll, la conexión entre lo erótico y la muerte en la selva] La parásita afrodisíaca que llena el suelo con abejas muertas; la diversidad de flores inmundas que se contraen con sexuales palpitations [...]»⁴³.

¡La selva es un buen marco para sacarnos los trapitos al sol! Viene entonces la desilusión de los señoritos, de los *dandys* que presumen de poetas, al encontrarse abocados a tropicales

y rústicos menesteres, a través de los cuales comprueban que no son lo uno ni lo otro, que tras el señorito, son bien indios; lo que incluso a veces tratan de demostrar a toda costa, para no dejarse ganar la partida de sus rivales. Comprueban que su germen indígena o negro, no plenamente reconocido, no les es suficiente para sentirse conformes en la selva, pero sobre todo, con ellos mismos.

Arturo Cova es un extranjero que anda buscando la «tierra de promisión»⁴⁴; su sueño de establecerse en el llano y hacer de ésta la tierra prometida, con su propia fundación, se ve roto en mil pedazos, y su condición de forastero se la restriega Sebastiana, nuevamente, cuando en su tono coplero le responde: «que el yanero es sincero; que al serrano ni la mano»⁴⁵. Pero tampoco es un ciudadano conforme. Son varios los apartes en los que señala cómo no se podía sentir a gusto en Bogotá, o en los que critica la soledad e hipocresía de las ciudades.

Subrayemos, además, que buena parte de la novela se desarrolla en Venezuela, Perú o Brasil, en territorios limítrofes, cuyas líneas divisorias aún no estaban claramente trazadas e incluso eran objeto de disputas; en estos parajes él y sus compañeros son extranjeros, pero también lo son sus contendores: Arana⁴⁶, la turca Ayram, el francés Cayeno, Funes.

DESASTRADOS, DESTERRADOS

Si también como Maqroll, Cova se queja de su mala estrella⁴⁷, podemos apreciar de manera nítida que la «desastrada errancia»⁴⁸ de estos personajes no implica solamente ausencia de la orientación del astro, sino también falta de tierra: además de desastrados, son desterrados.

El Gaviero es siempre extranjero: es cierto que en ningún lugar se nos revela el origen del héroe, de quien sólo sabemos que tiene un dudoso pasaporte chipriota y un acento un tanto raro, que los lugares donde sus aventuras transcurren están ubicados en un trópico que podemos identificar fácilmente como el de acá, aunque sus nombres no coincidan, a

43 Rivera, J.E., *LV*, op. cit., p.195.

44 Nombre del único libro de poesía de Rivera, publicado dos años antes de *La vorágine*.

45 Rivera, J.E., *LV*, op. cit., p.48.

46 Ni Funes ni Arana son sólo el producto de la ficción novelada de Rivera. El primero fue un militar venezolano que desoló la región y ejecutó la sangrienta masacre que relata en *La vorágine* Ramiro Estévez; la Casa Arana dominó buena parte de la explotación cauchera y este personaje llegó a ser senador del Perú. Las resonancias de sus apellidos no dejan de inquietarnos: así define el Diccionario este término: "arana: Embuste, trampa, estafa". Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa Calpe, 1992. p. 178.

47 *Ibid.*, 136

48 Mutis, A., *NA*, op. cit., p.11.

veces, con los de nuestra geografía o sean colocados en parajes distintos. Sus otras aventuras, las que han transcurrido en el desierto, en la nieve o en las ciudades de Europa, únicamente son recordadas por él, y las menciona de pasada, no integran la trama; parecieran más bien una añoranza de "otra parte", de sus veleidades por recorrer mundo y tener un contacto cultural más amplio, pero siempre anclado en ese trópico.

A pesar de esto, podemos rastrearlo cuando nos dice que pertenece a los cafetales, al paisaje de las hojas de plátano o cuando se delata al afirmar que las fincas, las nuestras, le traen recuerdos de su infancia. Pero, ¿no señala este aparente desarraigo algo de nuestro arraigo? Esa frecuente presencia de personajes fruto de extraños cruces, entre extranjeros y nativos que generan una especie de reciente mestizaje, ¿no nos indica algo sobre nuestra identidad? ¿no tendrá ésta también algo de «desastrada errancia»? O cuando se encuentra en uno de estos poblados perdidos, conviviendo con todos los personajes humildes que conforman un *collage* popular, y llegan los extranjeros, los canadienses buscadores de oro o los belgas traficantes, es curioso que él, que tampoco es del lugar, no sea identificado ni tratado radicalmente como forastero. ¿Se trata de un extraño en su tierra?

¿Qué nos señala esa mezcla de hombre refinado, pero capaz de ser rudo, que aunque poeta y navegante soñador, no puede salir sino esporádicamente de los oficios más tradicionales en la historia de la colonización de nuestra tierra: arriero de mulas, polizón de planchón, contrabandista, tratante de putas, minero de uñas?

El arribismo europeizante que se le achaca, no se sostiene cuando al lado de la añoranza por esas gentes y lugares, se encuentra metido hasta las agallas en los bajos fondos de los bares o de las posadas, encontrando sus revelaciones en las relaciones con estos personajes, en cuyos parlamentos escucha verdades que combinan la profundidad y la sencillez, pero que pueden molestar a algunos anclados al prejuicio de que la gente del pueblo no es capaz de decir esas cosas; (pero... ¡es que son mestizos!) o cuando algo de su origen y de su padre le es descubierto (precisamente en un burdel de puerto! ¿Qué haremos? ¡Tan pobres y tan de buena familia!

Mutis hace gritar a Maqroll el drama del

49 Mutis, A., *AMB*, op. cit. p. 99.
50 Mutis, A., *NA*, op. cit., p. 25.

mestizo en aquella invocación que le dirige a Amirbar cuando lo enloquece la soledad y el interior de esa mina: «¡Yo no soy de aquí ni me parezco a nadie!»⁴⁹.

Las palabras de Sebastiana también podrían decirnos algo del Gaviero. Como ella, él no es capaz de emitir un enunciado sobre su patria; también él prefiere tener el referente del olor de tierra caliente o de las matas de plátano como únicas señales de su origen. Maqroll a secas, sin saber si es nombre o apellido, cuando la mayoría de los personajes que comparten sus aventuras llevan muy bien puestos los dos: Jon Iturri, Warda Bashur, Ilona Grawoska, Abdul Bashur. Hasta su amada, quien podría ser simplemente Flor, es Flor Estévez.

En él se multiplican las formas de extranjería: es también extranjero en su destino y existencia: «Una vida que pasó a mi vera y no lo supe. Allí está, allí sigue, hecha de la suma de todos los momentos en que deseché ese recodo del camino, en que prescindí de esa otra posible salida y así se ha ido formando la ciega corriente de otro destino que hubiera sido el mío y que, en cierta forma, sigue siéndolo allá, en esa otra orilla en la que jamás he estado y que corre paralela a mi jornada cotidiana. Aquella me es ajena y, sin embargo, arrastra todos los sueños, quimeras, proyectos, decisiones que son tan míos como este desasosiego presente y hubieran podido conformar la materia de una historia que ahora transcurre en el limbo de lo contingente. Una historia igual quizá a esta que me atañe pero llena de todo lo que aquí no fue, pero allá sigue siendo, formándose [...]»⁵⁰.

Resulta lógico que ese extrañamiento respecto a su existencia y su destino desemboque en una especie de exilio parcial de la historia, en la añoranza constante de *la otra orilla*. Es ésta una clave para entender por qué su diario apareció en las pastas de un libro de historia, refundido en una librería de anticuario en Barcelona, como un intento de insertar a medias su historia, nuestra historia, en esa otra, en la "gran historia de la humanidad", que es compañera en todos sus viajes, en los que es leída con el mismo afán a la luz mortecina de una vela en un refugio del páramo (en *Un Bel Morir*), o en una mesa de cantina en las montañas tropicales (en *Amirbar*), etc.

Está hundido hasta las entrañas en la selva o en la montaña cafetera, pero con la vista y los sueños en otras latitudes y otras historias, para encontrar que

hay algo constante, que a pesar de estar tan supuestamente distante de esas orillas, él, el mestizo, tiene algo de esa condición universal, que algo de ese drama está inserto en nuestra cotidianidad: «En cualquiera de las miserables rancherías que hemos ido dejando atrás, conviven un Juan sin Miedo, un Luis de Orléans y a éste le espera otro oscuro rincón semejante al de la Rue Vieille-du-Temple, en donde tiene cita con la muerte»⁵¹.

Las otras formas de ser mestizo, extranjero en su tierra, son las del tiempo y la vocación; se siente contemporáneo: «Sé que estoy equivocado de batalla, de siglo, de contendientes pero no puedo rectificarme»⁵². Una de sus constantes es la de vivir en un tiempo por completo diferente a sus gustos e intereses, ajeno a su verdadera vocación⁵³, como Cova, quien no puede ser definitivamente el poeta que quisiera.

Hay otras formas de ubicar el mestizaje en el Gaviero. No pocas veces está rodeado de mestizos: el indígena maquinista del lanchón, que despierta la admiración de Maqroll por la forma como se «identifica con un mecanismo inventado y perfeccionado en países cuya avanzada civilización descansa casi exclusivamente en la técnica. Las manos de nuestro mecánico se mueven con tal destreza, que parecen dirigidas por algún espíritu tutelar de la mecánica, extraño por completo a este aborigen de informe rostro mongólico y piel lampiña de serpiente»⁵⁴. De nuevo el cruce entre esos seres que Maqroll ubica como parte del reino de la naturaleza, y la cultura, expresada en el motor, ese encantamiento por lo extraño, que nos recuerda que el mismo Gaviero quedó petrificado por el misterio de una indescifrable máquina en las minas de Cocora⁵⁵.

Pero tal vez el caso que más nos dice sobre el mestizaje en nuestra travesía, es el del capitán del lanchón del Xurandó, quien es además el doble de Maqroll, tal como él mismo se lo insinúa señalándole que cree que al Gaviero le ha sucedido lo mismo que a él⁵⁶. No por nada, cuando se le acaban a Maqroll las formas de facturas y de aduana que ha encontra-

do para escribir su diario, lo continúa en hojas con el membrete del Capitán, después de que éste se ha suicidado; tiene la sensación de que lo que ha escrito en ese diario está estrechamente articulado con el Kapi⁵⁷. Por eso cuando escucha Maqroll la historia del origen del Capitán, «había episodios que [le] resultaron familiares y que bien podían haber pertenecido a ciertas épocas de [su] propio pasado»⁵⁸: era canadiense, *hijo de un buscador de oro* y una indígena pielroja. Tras huir con ella y ante la persecución a que se ven sometidos por sus hermanos, el padre los asesina. Se casan luego por lo católico, pero la unión ya estaba marcada con la ilegitimidad, redoblada por el crimen. Pareciera que con esto Mutis intentara llevar a los extremos el mestizaje, hasta Norteamérica, donde éste es casi inexistente. Este mestizo-capitán, en la selva latinoamericana resulta también un extranjero! El escape ilegítimo de los padres de este personaje de Mutis nos recuerda el de Arturo y Alicia, el de Griselda y Franco o el de la hija de Clemente Silva y su prometido en *La vorágine*.

LA CLAVE ESTÁ EN EL ORDENAMIENTO

Siguiendo la clave que nos ofrece el Capitán⁵⁹, retomemos el orden: hemos ubicado ya el encuentro - desencuentro con la indígena, la escena primaria de mestizaje, pero hay que recordar que un momento inicial, del que sólo sabremos *après-coup*, es el surgimiento de un fantasma en el horizonte⁶⁰, tras el cual se encaminan nuestros héroes. Éste tiene la apariencia de la aventura y la búsqueda de las riquezas, la gloria, el tesoro. Pero para ambos resulta sospechoso, más temprano que tarde, el hecho de emprender este periplo cuando se encontraban en un estado de bienestar que para nada podría justificar su partida: Maqroll había sido curado de una herida por Flor Estévez y encontraba en la convivencia con ella un verdadero refugio. Arturo no necesitaba arriesgarse emprendiendo viaje tras Alicia, como se lo autoreprochara tantas veces. Aparecen pronto, al lado de las ansias de aven-

51 Ibid., p. 74.

52 Ibid., p. 55.

53 Ibid., p. 57.

54 Ibid., p. 80.

55 Ibid., p. 126.

56 Ibid., p. 70.

57 Ibid., p. 97.

58 Ibid., p. 32.

59 Para él la clave está en el orden, en el efecto de cadena que da a los acontecimientos una dimensión significativa mucho más allá de ellos mismos.

60 Así los llaman estos personajes. Por ejemplo: «¡No crees, Alicia, que vamos huyendo de un fantasma cuyo poder se lo atribuímos nosotros mismos?» Rivera, J. E., *LV*, op. cit., p.10.

tura, las señales de un trágico destino. Es también la búsqueda de la mujer, problematizada aquí por la ambigua posición de los héroes: las buscan mientras les huyen.

Con la jungla sobreviene la escena originaria de mestizaje, de donde surgen las "complicaciones" que ya señalábamos. Recalquemos, a riesgo de redundar, que este encuentro con la mujer está ubicado como uno de los puntos del circuito del tesoro: Cova sueña que Alicia es una araucaria parecida a un árbol de caucho, que llora y se queja porque él la ha cortado para que escurriera la goma, pero dos imágenes antes, en el mismo sueño, al perseguirla ve sus atributos fálicos reducidos a la impotencia; su escopeta no dispara y se transmuta en una fría serpiente⁶¹. Maqroll, por su lado, no sólo busca en esta aventura a la *madera* como tesoro; en la de *Amirbar* lo dirá claramente: «El otro aspecto, puramente real y práctico, consistente en sacar el oro del filón, se fue fundiendo con el primero hasta convertirse también en parte del ceremonial de un culto sin rostro, de un misterio ciego en el que hallar el oro y sodomizar una hembra, eran la manera de participar en un mismo rito»⁶². En este caso con la «mestiza Antonia».

Al toparse con la selva, se estrellan con la mujer: «la mujer, como las plantas, como las tempestades de la selva, como el fragor de las aguas»⁶³, se nutre de los más oscuros designios celestes»⁶⁴. Esta equivalencia mujer = selva, como lo indican las palabras de Maqroll, no opera únicamente en la novela de Rivera, también está presente en Mutis. Recordemos el carácter insoportable de este encuentro y la imposibilidad de atribuir los encantos femeninos de la idealización a estas mujeres.

El siguiente momento es el de la «fiebre del pozo», es decir, de la vorágine. Es el precio que pagan quienes se acuestan con las hembras de los indígenas⁶⁵. Fue la primera vez que Maqroll estuvo en peligro de muerte, pero sólo lo notará después.

Luego vendrá el paso del «Salto del Ángel», unos rápidos que amenazan con hacer astillas la embarcación. Es el único paso riesgoso del viaje por el río, pero suficiente para dejar la

vida. Aquí tiene el Gaviero la revelación de la presencia real de la muerte y puede entonces reparar, al fin, que también ella estuvo cerca durante la fiebre. Se señala aquí que la verdadera travesía que hace Maqroll es la de pasar «la fiebre del pozo» o la del «mal de mina», pasar ante ese insoportable encuentro con la mujer indígena.

El efecto de resignificación que tiene este segundo encuentro con la vorágine, ahora claramente ubicada en el raudal del río, le permite admitir algo que él y Arturo Cova sabían desde el principio: la esencia fantasmagórica de sus empresas, su carácter defensivo para huir de sus mujeres mientras las buscan, la artimaña para sacarle el quite al hastío. Aquí, dada la increíble similitud de sus posiciones podemos hacer un sólo texto con las reflexiones de estos dos personajes, suerte de monólogo a dos voces:

(Gaviero) - «Pienso en Flor Estévez, en su dinero a punto de arriesgarse en una aventura cargada de presagios; en mi habitual torpeza para salir adelante en estas empresas y, de pronto, caigo en la cuenta que desde hace ya mucho tiempo he perdido todo interés en esto»⁶⁶... (Cova) - «¿Qué has hecho de tu destino? ¿qué de esta jovencita que inmolas a tus pasiones? ¿Y tus sueños de gloria y tus ansias de triunfo y tus primicias de celebridad? ¡Insensato! El lazo que a las mujeres te une lo anuda el hastío»⁶⁷... (Gaviero) - «Pensar en ello me causa un fastidio mezclado con la paralizante culpabilidad de quien se sabe ya al margen del asunto y sólo está buscando la manera de liberarse de un compromiso que emponzoña cada minuto de su vida»⁶⁸... (Cova) - «Por orgullo pueril te engañaste a sabiendas, atribuyéndole a esta criatura lo que en ninguna otra descubriste jamás, y ya sabías que el ideal no se busca: lo lleva uno consigo mismo. Saciado el antojo, ¿qué mérito tiene el cuerpo que a tan caro precio adquiriste?».

En este momento se enfrentan con más claridad a la certidumbre de su soledad y a la experiencia de su vacío. Es cuando el Capitán le dice al Gaviero que lo fundamental del viaje ya ha ocurrido; de lo demás podrían prescindir, a pesar de encontrarse aún lejos de los aserríos donde estaría la anhelada madera; todo ha

61 Ibid., pp. 33, 34.

62 Mutis, A, *AMB*, op. cit., p. 96.

63 Es decir, la vorágine, cuyo significado, según el diccionario es: "Remolino impetuoso que hacen en algunos parajes las aguas del mar, de los ríos o de los lagos. Pasión desenfadada o mezcla de sentimientos muy intensos [...]". *Diccionario de la lengua española*, Real Academia Española, Madrid, Ed. Espasa Calpe, 1992, p. 2106.

64 Mutis, A, *NA*, op. cit., p. 27

65 Ibid., p. 67.

66 Ibid., p. 84

67 Rivera, J.E., *LV*, op. cit., p. 8.

68 Mutis, A, *NA*, op. cit. p. 84.

venido encadenado desde el encuentro con los indios hasta el Paso del Ángel⁶⁹. Lo esencial de estas aventuras está allí, en los dos puntos de amarre, que hacen el de basta, señalados por el Capitán: el acostarse con la indígena y el Paso del Ángel tras el cual cae el fantasma revelando la futilidad de la búsqueda de ese tesoro.

El encuentro con eso insoportable originario fue el paso radical en la travesía de sus fantasmas para quedar ante el vacío, pero esto sólo se logra en ese segundo momento, en el segundo tránsito por la vorágine que tiene aquí eficacia retroactiva. Es esa articulación la que les revela todo el drama de ese mestizaje, su dificultad en la relación con lo femenino y el desplazamiento del tesoro, desde el de las pretendidas riquezas, pasando por las partes y productos del cuerpo, hasta los objetos que constituyen esa lista de formas de la explotación del otro; todas las modalidades de esa terrible plusvalía.

Nuevamente es el Capitán quien nos aporta las claves: este mestizo se organizó en Paramaribo con la dueña de un burdel, (como lo hizo un rato Maqroll con Ilona)⁷⁰, «una mulata con mezcla de sangre negra, holandesa e hindú»⁷¹ y se vuela con la única mujer que amó, una china que trabajaba en el prostíbulo, a la que sin saber por qué, abandona repentinamente. Este sujeto, «mitad comanche y mitad gringo», achaca a la relación con su madre sus imposibilidades de mantener un vínculo con las mujeres. Ella, según el Kapi, era muy diferente de como son las hembras blancas. «Los blancos siempre fueron para ella una encarnación necesaria e inevitable del mal»⁷².

Esa extrañeza frente a su madre no sólo se expresaba en la crueldad casi animal de su trato, sino en el hecho de no haber aprendido nunca la lengua de ella, la lengua materna. Éste es otro punto fundamental en la pérdida que constituye al mestizo y están señaladas en varias oportunidades, tanto por Maqroll como por Cova, sus imposibilidades ante estas lenguas nativas. Por ello el Capitán se queja: «Debí quedar marcado para siempre, porque, hasta que encontré a la china,⁷³ las mujeres siempre acabaron por abandonarme. Algo hay en mí que sienten como rechazo»⁷⁴.

zo»⁷⁴.

Aquí no sólo habla el Capitán, también el Gaviero por boca de éste, y el rechazo no es fundamentalmente de las mujeres hacia él, sino de él hacia las mujeres. Fue Maqroll quien se acostó con la indígena, quien padeció la «fiebre del pozo» y quien salió huyendo de Flor Estévez, para buscar la madera atravesando la selva, sin percatarse que la selva era la misma Flor: «Nadie me ha sido tan cercano, nadie me ha sido tan necesario, nadie ha cuidado de mí con ese secreto tacto suyo en medio de *la selvática* y ceñuda distancia de su ser dado al silencio [...]»⁷⁵. Lo selvático entonces ya estaba en ella, pero sólo lo verá ya tarde, una vez la ha perdido.

Esa “dificultad” con las mujeres es, en estos textos, una dificultad que surge del mestizaje y que se articula a la violencia. Es el rechazo a la india, la imposibilidad de aceptar las mujeres no dotadas de esos atributos fantásticos. A la vez, parece ser uno de los intentos de *blanqueamiento*: asumirse como hombre blanco, «encarnación del mal», como lo era para la indígena madre del Capitán, e ignorar su lengua. ¿Cómo desembarazarse de esa encarnación? ¿Cómo tramitar de otro modo ese “lunar” originario, que no sea por la vía de tratar desesperadamente de arrancárselo al otro como tesoro?

ENCUENTRO DE DESENCUENTRO

El Capitán prosigue su confesión, aquella que lo llevará a la muerte bajo la forma del suicidio: «A veces pienso, con desolado furor, si no será que la encontré cuando ya era tarde, cuando ya no estaba preparado para manejar esa fuente de saludable dicha, cuando ya había muerto en mí la respuesta adecuada para prolongar semejante estado de bienestar».⁷⁶ Como lo indican sus palabras, es un encuentro de desencuentro. Ese «cuando ya no», es originario, se dio desde siempre,

desde el desencuentro de las razas que sólo tuvo como espacio la ilegitimidad. Hablando aún de su madre, el Capitán decía: «Creo que quiso mucho a mi padre, pero jamás debió demostrárselo»⁷⁷. Y continúa subrayando el desencuentro:

69 Mutis, A, *NA*, op. cit., p. 85.

70 Mutis, A, *Ilona llega con la lluvia*, Santafé de Bogotá, Editorial Norma, 1992.

71 Mutis, A, *NA*, op. cit., p. 33.

72 *Ibid.*, p. 69.

73 Son interesantes las otras resonancias que para nosotros tiene la expresión: “una china”, que condensa a la niña ideal y a la rebajada; esta, además, era una prostituta.

74 Mutis, A, *NA*, op. cit., p. 69.

75 *Ibid.*, p. 59. La negrilla es mía.

76 *Ibid.*, p. 70.

77 *Ibid.*, p. 69.

«Hay cosas que nos llegan demasiado pronto y otras demasiado tarde, pero esto sólo lo sabemos cuando no hay remedio, cuando ya hemos *apostado contra nosotros mismos*»⁷⁸. No sobra recordar la apuesta con la que Arturo Cova abre su relato, aquella que le ganó «la Violencia». El «demasiado pronto» o «demasiado tarde» señala el encuentro de las razas, nuestro origen. Siendo de por sí el origen un encuentro, aquí se trata de un encuentro desencontrado, en el que podemos apreciar una eficacia de trauma⁷⁹. De nuevo las formas de extranjería.

En ese encuentro se sella la apuesta contra nosotros mismos porque tenemos al otro, al extraño, al del mal, en lo más íntimo de nuestro ser. Nos destruimos entonces a nosotros mismos; de ahí que este Capitán sólo tenga como recursos, antes del suicidio, «el alcohol y una desmayada familiaridad con el peligro, [que] han sido lo único que [le da] fuerzas para comenzar cada mañana»⁸⁰. El riesgo, la vida jugada, la mortífera apuesta, la aventura y el manido *rebusque* de la riqueza fácil y total del tesoro, resultan el aliento de nuestra vida cotidiana. Pero ese riesgo es el peligro a nosotros mismos, al supuesto extranjero maligno que nos habita: «[...] el peligro se desvanece siempre que nos acercamos a él. Existe, mientras lo tenemos dentro de nosotros. Cuando nos abandona, cuando tocamos fondo y sabemos en verdad que no hay nada que perder y que nunca lo ha habido, el peligro se convierte en un problema de los demás»⁸¹. Descubrir que en realidad no hay nada que perder implica constatar que hay vacío, que hay falta en el ser y que por lo tanto no hay apuesta, que es vano apostar contra sí mismo, proponerse o proponer al semejante como rédito de una empresa, como la cifra de la apuesta⁸², que es superfluo dirigir la agresión hacia el señuelo imagina-

rio articulado en el fantasma. Es el punto que admite el Gaviero y que le permitió tener un final un tanto distinto al de su doble; mientras éste se suicida, Maqroll, según el mismo Capitán, es inmortal, tal vez porque, como dice: «Conozco muy bien las salidas por las que suelo huir de la ansiedad y la molestia de estar en falta»⁸³ y entonces puede: «disfrutar lo que la vida va ofreciendo cada día como precaria recompensa a mi terquedad en seguir a su lado»⁸⁴.

Pero ¿en qué más radica la inmortalidad del Gaviero? ... ¡en su escritura, en su diario! También él, como Arturo Cova, logra sostener así su existencia. Para este último el doble que hace las veces del Capitán es Ramiro Estévez. Si para Maqroll el Capitán alienta su escritura, es Ramiro quien lo hace para Cova⁸⁵. Hay aquí un uso diferente del doble, ya no como mortífero rival, sino como animador imaginario de la tarea de estos escritores de diarios. También Ramiro como el Kapi es un muerto en vida, luego de haber sido el brillante condiscípulo de años atrás. También como en *La vorágine*, en *La Nieve del Almirante* el diario es protagonista y lo único que con certeza se salva. Es en lo que se sostiene el deseo de Maqroll. Luego de otro de sus sueños, él, en medio de su desesperanza dice: «[...] seguramente saldrá de él la sub-

terránea energía para continuar con este diario»⁸⁶, y ya en el punto final de su relato nos corrobora esta tesis: «Algo ha terminado. Algo comienza. Conocí la selva. Nada tuve que ver con ella, nada llevo. Sólo estas páginas darán, tal vez, un desteñido testimonio de un episodio que dice muy poco de mi malicia y espero olvidar lo más pronto posible»⁸⁷.

¿QUÉ ES LO QUE CUENTA?

Si tomamos estos diarios, en los que no sólo se describe un drama interior de los protagonistas, sino también, con mayor o me-

78 Ibid., p. 70. La cursiva es mía.

79 «La función de la *tyche*, de lo real como encuentro -el encuentro en tanto que puede ser fallado, en tanto que es, esencialmente, el encuentro fallido- se presentó primero en la historia del psicoanálisis bajo una forma que ya basta por sí sola para despertar la atención -la de trauma». Lacan, Jacques, *El seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. op. cit. p. 63.

80 Mutis, A., *NA*, op. cit. p. 70.

81 Ibid., p. 70.

82 Resulta inquietante, por decir lo menos, esa facilidad con la que nos proponemos como objeto de cualquier mortífera apuesta. Con frecuencia podemos escuchar en los medios de comunicación declaraciones de voces, en apariencia muy distantes entre ellas, con expresiones tales como: «Estamos dispuestos a poner un muerto», o «es que aquí sólo se atiende cuando se han puesto unos cuantos muertos».

83 Ibid., p. 84. El psicoanálisis ha hallado que la falta es estructural, constitutiva en el sujeto, pero podemos decir que, siempre según las obras que aquí nos ocupan, ésta es la forma particular como hemos escrito la propia, una de nuestras maneras singulares de lidiar con ella.

84 Ibid., p. 85.

85 En *La última escala del tramp steamer*, el *alter ego* será Jon Iturri. Es su relato, en el que el escritor escucha a su doble, el que le hace partícipe de ese fragmento desconocido de la historia del barco de los misteriosos encuentros, lo que lo anima a escribirlo. Iturri es uno más de esos personajes que mientras viven ya se saben muertos.

86 Ibid., p. 97.

87 Ibid., p. 117.

nor fuerza, las masacres, las torturas, los destierros, los despojos... y recordamos que «García Márquez, crítico de la manera de asumir el novelar de la violencia, decía alguna vez que Colombia no era más que un inventario de cadáveres y, como respuesta, escribió su prodigiosa *Cien años de soledad*»⁸⁸, podemos suponer que es porque están insepultos, no han encontrado forma alguna de entrar en la cuenta, y que desde luego, no es simplemente un defecto de nuestra literatura, sino un rasgo con el que algo de esta realidad no termina de intentar escribirse porque tampoco cesa en nuestra vida cotidiana.

Lo que da soporte material a la escritura de Cova y Maqroll también es común! y tiene que ver con el inventario: el primero nos lo hace saber: «Va para seis semanas que, por insinuación de Ramiro Estévez, distraigo la ociosidad escribiendo las notas de mi odisea, en el libro de caja que el Cayeno tenía sobre su escritorio como adorno inútil y polvoriento»⁸⁹. Por su lado, Maqroll también escribe en papeles de cuentas como nos lo comunica su editor: «En su lugar encontré un cúmulo de hojas, en su mayoría de color rosa, amarillo o celeste, con aspecto de facturas y formas de contabilidad»⁹⁰.

Si más de medio siglo después, nuestros héroes (que además tienen los dos dificultades para encontrar un lápiz), siguen escribiendo en libros de cuentas, ¿no podemos suponer entonces que la deuda que nos atañe aún no está saldada? Porque García Márquez tiene razón; lo que allí se contabilizan son cadáveres, ¡y continuará mientras permanezcan insepultos! En el libro de caja del Cayeno, como en los de todas las caucherías que aparecen en la novela⁹¹, que no es ésta la única referencia, lo que se inscribe son las vidas hipotecadas de los caucheros, muertos en vida, y las cuentas de los que han muerto, ¡siempre y cuando sean racionales, porque de los indios no se lleva nota!

Así, arribamos al último punto de la travesía: el suicidio del Capitán y el precario entierro que le dan sus amigos, ya que luego sabrán que las fieras lo estaban desenterrando. Reparamos entonces que la mayoría de sus compañeros de viaje murieron y no gozaron de

la posibilidad de una mínima sepultura: unos, arrojados desde un avión a la selva; otros, militares que mueren sin dar parte a su ejército; aquellos, ahogados en el río sin que se recuperen sus cuerpos. No es la única aventura del Gaviero en donde sucede esto. En *Un Bel Morir*, además de sufrir este triste destino él mismo, anota en algún lugar, que nada bueno baja periódicamente flotando por esos ríos en cuyas cabezas se libran sucias persecuciones. Tampoco el *Tramp Steamer*, con el que el narrador se identifica, tuvo un digno entierro, queda como un cadáver insepulto, partido, no en altamar, ¡sino en un brazo del Orinoco! Allí no se trata ya de un *bel morir*, sino de un *bel duelo*, y es que obviamente los dos están relacionados.

Cova y sus compañeros han encontrado, tras largas penurias⁹², al fin, su causa. Habría tal vez que entenderla como La Causa. «Sepa usted don Clemente Silva, [...] que sus tribulaciones nos han ganado para su causa»⁹³, y la de este viejo no era otra que rescatar los despojos mortales de su hijo, tras los cuales llevaba dieciséis años de sufrir la más inicua explotación, de cauchería en cauchería. No eran el oro ni el caucho, los tesoros que funcionaban como móvil para este padre; textualmente llama «mi tesoro» a los huesos de su hijo⁹⁴. Se nos revela entonces el último desplazamiento del tesoro, el fundamental.

Que los despojos mortales sean el tesoro, no es un capricho de *La vorágine*; Mutis también da cuenta de esto. Sea suficiente recordar el drama en *Amirbar*, cuando el Gaviero tozudamente se ha dado a la búsqueda del oro. Sin saber muy bien por qué, él, hombre de mar, una vez más se encuentra arañando en las entrañas de nuestra tierra (en su entorno se había librado «una de las tantas guerras civiles que son endémicas en la región»⁹⁵). Tal vez porque, como lo recuerda, su abuelo se dedicó en algún momento a esta desafortunada empresa. «La Regidora» se lo había advertido, con esa sensatez que tienen muchas de

las mujeres sencillas con las que se topa y que nos recuerda la misma posición ante la vida y el deseo que tiene Sebastiana en *La vorágine*. Admirada de verlo refundido en la lectura de un libro de la historia de Europa a finales del siglo

88 "Magazín Dominical", *El Espectador*, num. 789, 28 de junio de 1998, p. 15.

89 Rivera, J.E., *LV*, op. cit., p. 240. La cursiva es mía.

90 Mutis, A, *NA*, op. cit., p. 12.

91 Rivera, J. E, *LV*, op. cit., p.250.

92 Que duran los nueve meses de gestación de ese hijo ilegítimo que también será tragado por la selva. ¡Es la travesía de la gesta de una ilegitimidad!

93 Rivera, J.E., *LV*, op. cit., p. 189.

94 *Ibid.*, p.190.

95 Mutis, A, *AMB*, op. cit., p.27.

XIX le dice: «qué tanto lee usted, carajo [...] Si todo eso pasó ya y todo el mundo está enterrado, de qué sirve hurgar en esa huesamenta. Océpese de los vivos, más bien, a ver si logra algo»⁹⁶. Pero había otra *huesamenta*, esa sí no enterrada como es debido.

Se rumoraba en la región que en una de estas minas; a la que nadie arribaba por temor a los espantos, se cometió una masacre: «En la Jefatura Militar de la zona quemaron los expedientes con los partes sobre la matanza. Los milicos, a pesar de que han pasado ya tantos años, no quieren que se hable del asunto»⁹⁷. Su guía le insiste en que si el rumor es cierto, el oro debe estar donde están los muertos, y así, por gracia de un temblor de tierra, se ven enfrentados al macabro hallazgo: esqueletos de hombres, mujeres y niños que tenían «un no sé qué de burla siniestra, de vejamen gratuito y sádico [...] Para mis adentros me dije con rabia sorda que no sabía contra quien desfogar: “Ya puedes ir a buscar el oro. Allí debe estar guardado por los esqueletos de esos inocentes. ¿No entiendes acaso la lección?”»⁹⁸

La *huesamenta* no opera como tesoro únicamente para Clemente Silva. En su historia nuevamente encontramos la ilegitimidad en el origen del periplo: siendo aún niño el hijo, Lucianito Silva, huye de la casa paterna en Nariño, para escapar de la vergüenza del honor familiar manchado por la hermana que se ha escapado con su prometido. Ante la furia del padre, el hijo se enrumba hacia las caucherías y éste jura frente a la tumba de su esposa (quien hasta antes de morir pide al padre que le devuelva a sus hijos) que traerá a Luciano, vivo o muerto, a que acompañe su sepultura⁹⁹. Es este juramento, a partir del pedido materno, el que enrumba al «rumbero Silva», en el laberinto sin fin de esa selva, pero su intento de sepultar cristianamente, aunque sea al lado de la madre, los restos de su hijo, señala una dimensión fundamental de la tragedia de esta novela. Algo de la voz de Antígona se escucha en sus ecos. Así como no hay en toda *La vorágine* una sola pareja legítima, es decir, un hijo legítimo, tampoco hay un sólo cadáver sepultado, y sabemos que las muertes que allí se narran son incontables.

El estar entre dos muertes, que analiza Lacan para el caso de Antígona¹⁰⁰, hace constante presencia en estos

textos y compendia magníficamente parte fundamental del drama de estos mestizos. En *La vorágine*, son muchos los «muertos en vida», explícitamente nombrados así, los suplicios eternos, las transgresiones sobre el cuerpo del otro, las marcas en la carne que se comparan, como otra modalidad de la letra, a las cicatrices de los árboles de caucho. Hombres enterrados hasta la cintura, librados a las fieras y alimañas, colgados de postes, quemados vivos, itodas estas, prácticas sobre los cadáveres totalmente diferentes a la de darles la mortaja de la inscripción simbólica en la sepultura! Si hemos encontrado esa condición de extranjero que tiene el mestizo, se nos revela ahora la que quizá sea la forma más fatal de extranjería: el destierro de su propia tumba. La ausencia de este último terruño por todo hombre merecido, haya sido el que fuera su destino y su delito.

La travesía entonces tiene una trayectoria circular, no sólo porque estas novelas empiecen por el final y finalicen por el principio, sino fundamentalmente porque van del mal nacido (el ilegítimo), al mal muerto, el cadáver insepulto. Y es que estos dos derechos son las dos caras de uno solo: el derecho a ser sujeto, el derecho que todo sujeto tiene a su ser, lo cual se expresa en el de tener un nombre ... y en consecuencia, una sepultura. En él se resumen y terminan todos esos otros derechos necesarios para que alguien pueda ubicarse como ciudadano, pero más aún, como sujeto. Es esto lo que se busca, por lo que se clama.

Las luchas de los hombres que estas novelas nos presentan, en busca no sólo del tesoro, sino de una ley, de fronteras fiables, de ideales sostenibles libremente, de hacerse un lugar como ciudadanos, se concretizan en la de buscarse una sepultura o el digno rito de muerte de su cultura... una inscripción de su paso por la vorágine.

No necesitamos caucherías, ni Xurandós, ni Amírbares para saber que en los recientes combates, en los ataúdes de Barrancabermeja, desfilando vacíos ante las cámaras de televisión, en las últimas desapariciones, en los últimos desplazamientos, de la misma forma que en los de antaño, en uno y otro bando (sea cual sea su pretendido tesoro), las cifras que se

manipulan de lado y lado en esta guerra, que se niegan o se tratan de inscribir, son, al final... las de los muertos; las de los caídos,

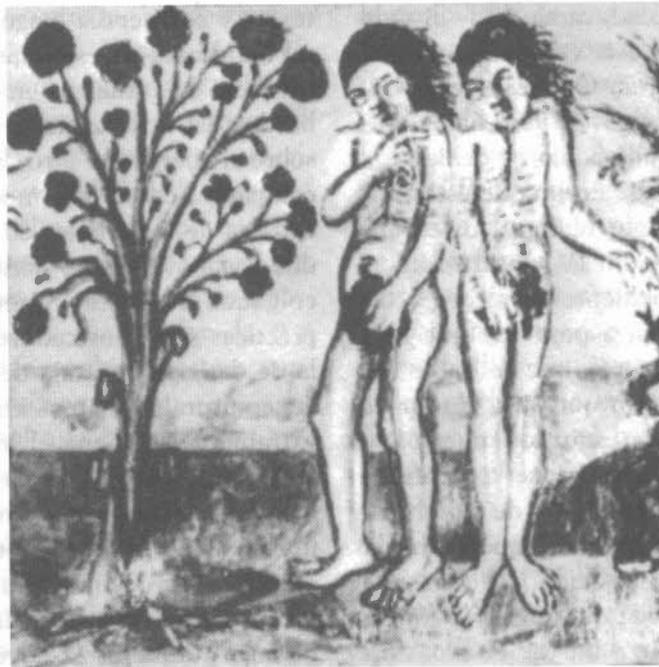
96 Ibid., p. 31.

97 Ibid., p. 43.

98 Ibid., p. 55.

99 Riverá, J.E., *LV*, op. cit., p. 156.

100 Lacan, Jacques, *El seminario, libro 7, La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1988.



BIBLIA DE MOUTIER-GRANDVAL FRANCIA (S. IX)

(en combate o sin él), las de las búsquedas y los ocultamientos de los cadáveres; y que son estas cuentas el número último tras el que tristemente se condensan los ideales que alientan a uno y otro contendor, los bienes en disputa, las leyes reclamadas o las impugnadas; todo termina en ese intento por llenar esos libros de cuentas. Es la última presencia de lo real en esta vorágine. Esa inscripción nos urge para detener el desangre.

Por eso quizás ahora podamos entender por qué ese marco de la selva se les figura a Mutis y a Rivera como un inmenso cementerio, por qué es una selva que traga. Por qué los dos se interesan por un *bel morir*, presente en *La vorágine* en el «ibello morir [...] de aquellos hombres, cuya existencia apagose de pronto, como una brasa entre las espumas, al través de las cuales subió el espíritu haciéndolas hervir de júbilo! [...] ¡Déjalos ahí, y envidiemos su muerte!»¹⁰¹. Por eso también Maqroll reniega del «sepulcro desabrado» y recuerda que «En el Crac de los Caballeros de Rodas, cuyas ruinas se levantan en un acantilado cerca a Trípoli, hay una tumba *anónima* que tiene la siguiente inscripción: “No era aquí”. No hay día en que no medite en estas palabras. Son tan claras y al mismo tiempo encierran todo el misterio que nos es dado soportar»¹⁰².

La vida, decía Freud, es un rodeo, una larga preparación para la muerte¹⁰³, ella está ya presente desde nuestra inscripción en lo simbólico, y éste es a la vez el recurso de que dispone-

mos para aproximarnos a ella; precario, es cierto, pero único. Por eso un *bel morir* no es simplemente perecer de repente y sin más dolor que el del súbito y sorpresivo instante. Es también y sobre todo, poder articular aquella, jugada desde nuestro nombre, resguardar ese espacio del sujeto, ese más allá de la muerte que busca una segunda; el derecho a no

morir como un perro¹⁰⁴. Lo único que le da descanso a nuestras almas para no vagar eternamente en el limbo de los desaparecidos, de los sin duelo, de los secuestrados, de las insubstanciales fosas comunes o del infeliz proceso de fragmentación y diáspora de nuestros miembros. El hombre vive la pasión de ir más allá de este limbo, de poder salir del espacio entre dos muertes y asegurar el descanso con su inscripción simbólica postrera. Una tumba, aun si se tiene, no lo es si es anónima, si queda como aquellos túmulos que podemos encontrar en nuestros campos¹⁰⁵.

Lo fundamental para obtener el lenitivo es poder admitir al sujeto; que pueda sellarse allí esa articulación entre el despojo y el nombre; tal vez así podamos mitigar el brillo del desecho. Que no se crea entonces que es simple cuestión de perfeccionar las artes y medios del enterrador... muchas cosas debemos cambiar en nuestra cotidiana sociedad, en nuestra historia y en nuestra articulación a La Ley, para que admitamos brindar a los otros este merecido reposo Ψ

101 Rivera, J.E., *LV*, op. cit., p.139.

102 Mutis, A, *NA*, op. cit., p. 28. La cursiva es mía.

103 Freud, S, *Más allá del principio del placer*, en “Obras Completas”, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1979. V. XVIII, p. 38.

104 “No se trata de terminar con quien es un hombre como con un perro. No se puede terminar con sus restos olvidando que el registro del ser de aquel que pudo ser ubicado mediante un nombre debe ser preservado por el acto de los funerales”. Lacan, J, *El seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Ediciones Paidós, 1988. p. 335.

105 Como los que encuentra el Gaviero en *El cañón de Aracuriare* y que lo empujan a escribir y vender “pequeñas hojas en donde estaban impresas las letanías del buen morir”. Mutis, A, *NA*, op. cit., pp 135, 143.